

Anjam Khurshed

Ciencia y religión

Hacia el restablecimiento de una antigua armonía

positive energy flow

Pensamiento
Global

Ciencia y religión

Hacia el restablecimiento de una antigua armonía



Anjam Khursheed



ARCA EDITORIAL

**CIENCIA Y RELIGIÓN:
HACIA EL RESTABLECIMIENTO DE UNA ANTIGUA ARMONÍA**

**Science and Religion:
Towards the Restoration of an Ancient Harmony**
Primera edición en inglés, 1987,
por Oneworld Publications, Ltd, Cyprus

Autor: Anjam Khursheed

Traducción del inglés: Seperh Behrooz

Cubierta: Eva Celdrán Esteban

Maquetación: Inés Sanvicens Montané

© De la presente edición:
ARCA EDITORIAL, S.L., 2005
Marconi, 250
08224 Terrassa (Barcelona)

Primera edición:

ISBN: 84-95652-05-6
Depósito Legal: SE-3790-2005 European Union

Printed by Publidisa

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente por medio alguno, sin la previa autorización del editor.

EL MÉTODO CIENTÍFICO Y LA VISIÓN RELIGIOSA

El siglo XVII nos dejó una imagen del universo mucho más sofisticada de lo que la humanidad había tenido nunca antes, una que se impuso a pesar de cierta oposición por parte de las instituciones religiosas. Esta oposición surgió porque los sacerdotes tenían una concepción diferente que mostrarle a los fieles, una en la que los cristianos tenían que creer por el bien de sus almas. Finalmente la doctrina cristiana de la astronomía fue derrocada, y la Iglesia fue revisando gradualmente sus nociones y lo que los cristianos debían creer.

CIENCIA NUEVA FRENTE A RELIGIÓN ANTIGUA

Sin embargo, el efecto principal de la revolución científica fue algo mucho más importante que una nueva teoría, aun contando con el esplendor de la física de Newton. Se había establecido un método de investigación que aportaría una riqueza de conocimiento y un provecho inimaginables, junto con nuevas responsabilidades alarmantes, a medida que, uno tras otro, los diversos campos de la ciencia fueron elaborando multitud de

teorías demostrables, y la naturaleza fue quedando bajo el control del hombre.

Los alquimistas islámicos, y después los europeos, trataron durante siglos de transformar metales corrientes en metales preciosos, y para ello buscaron, por ensayo y error, la manera de transferir la *forma* aristotélica de un elemento a la *materia* del otro. Después del siglo XVII se abandonó esta empresa imposible; la aplicación de hipótesis verificables dirigió los laboratorios y recursos de los alquimistas hacia la nueva disciplina de la química. Las viejas especulaciones sobre la estructura atómica de la materia tomaron una forma más cuantificable cuando el químico inglés John Dalton (1766-1844) elaboró la primera tabla de pesos atómicos. La física del siglo XIX extendió el enfoque newtoniano a la termodinámica, la dinámica de fluidos y la ciencia de los cuerpos elásticos, todo ello con gran éxito. Se pudieron explicar las propiedades de los gases mediante modelos mecánicos de colisiones entre moléculas y se avanzó en la comprensión del magnetismo y la electricidad gracias al trabajo de Faraday (1791-1867). James Clerk Maxwell (1831-1879) avanzó un paso más al predecir la existencia de ondas electromagnéticas. Por medio de deducciones matemáticas y técnicas experimentales, los físicos de finales del siglo XIX y principios del XX comenzaron a penetrar en la estructura subatómica de la materia. Albert Einstein (1879-1955) formuló su teoría general de la relatividad, que reemplazaría la teoría gravitatoria de Newton y cambiaría drásticamente nuestra concepción de la realidad astronómica. De la partícula más pequeña al mayor de los cuerpos celestes, los científicos han ido dándole progresivamente más sentido a un mundo que,

para los hombres de antaño, carecía de significado alguno.

Antes de la revolución científica la medicina solía ser una suerte de curandería herbal de provecho, pero también trató con frecuencia de poner en práctica teorías infundadas e incoherentes. Se creía que las enfermedades eran obra de demonios y espíritus perversos, una creencia sustentada por las interpretaciones literales de las Escrituras. Las plagas eran atribuidas a la ira de Dios, y una de las formas de aplacar esta ira consistía en perseguir a los judíos. La anatomía se consideraba maligna, pues entendían que la disección interfería con la resurrección del cuerpo. Se sospechaba que los médicos judíos, quienes habían extraído sus conocimientos de la medicina de la civilización islámica, practicaban la magia y la hechicería. Mediante textos del Nuevo Testamento se justificaban tratamientos brutales de los desórdenes mentales, lo que llevaba a considerar la demencia como una posesión por parte de un espíritu maligno. Una de las técnicas para expulsar el espíritu maligno consistía en torturarlo y humillarlo, y para ello se torturaba y humillaba al afectado.

A medida que avanzó la revolución científica, la medicina no sólo fue capaz de aplicar los resultados derivados de la actividad científica de otras disciplinas, sino también de usar sus propios métodos experimentales para buscar las causas de las enfermedades y sus tratamientos. La Iglesia aceptó estos regalos de la ciencia muy poco a poco. Grandes sectores de la población católica, siguiendo el consejo de su clero, rechazaron inicialmente vacunarse contra la viruela. Incluso se planteaba una objeción teológica al uso de anestésicos durante el parto. En Génesis 3:16 leemos: "Con dolor parirás". Pero ¿cómo iba a parir

una mujer con dolor si estaba bajo los efectos del cloroformo?

La tecnología y la ingeniería habían conseguido que el mundo fuese mucho más próspero aplicando métodos científicos a sus problemas. Los estudios del fenómeno del calor posibilitaron la invención de la primera máquina de vapor utilizable en 1769, lo cual potenció la revolución industrial. En el siglo XIX las leyes de la electricidad y el magnetismo de Faraday condujeron al desarrollo del telégrafo eléctrico, los motores eléctricos y los generadores que, aún hoy día, proporcionan energía a bajo coste a la industria y al hogar. Inspirado por la confirmación experimental de las ondas electromagnéticas a cargo de Herz, Marconi transmitió la primera señal de radio al otro lado del Atlántico en 1901. Una mejor comprensión de la termodinámica tuvo como resultado el descubrimiento de la combustión interna y la invención de los motores diesel; Daimler comenzó a fabricar motores de automóvil en 1887 y los hermanos Wright volaron en 1912.

La autoridad de la ciencia, inicialmente establecida en el plano teórico, fue finalmente confirmada merced a su triunfo práctico, tanto por proporcionar explicaciones plausibles de la naturaleza como por impulsar el desarrollo de la civilización material en campos como la industria, la agricultura y la medicina. Para el ciudadano medio, lo que más influyó en recabar su apoyo fue el extraordinario efecto de la ciencia en la vida diaria, de modo que el prestigio de la ciencia creció a expensas de la teología. En el siglo XX la ciencia se ha convertido en la fuerza más dominante de la sociedad. Las tradicionales inclinaciones de la química, las matemáticas y la física se han cruzado y han originado disciplinas completamente nuevas como la

cibernética, la biofísica y las tecnologías de la información. La fortaleza económica y militar de una nación ahora dependen de su capacidad científica. La ciencia del siglo XX ha abierto las puertas a la era nuclear, los desplazamientos a alta velocidad y las comunicaciones instantáneas. Tanto si estaba preparado para ello como si no, el mundo se ha vuelto físicamente uno.

También para la religión las consecuencias de la revolución científica van más allá de una derrota en una argumentación sobre astronomía. Lo que los sacerdotes fueron cediendo poco a poco, finalmente ha resultado ser el principio cardinal de que los científicos no deberían competir con ellos por la autoridad en cuestión de creencias. Sus esfuerzos por impedir que la ciencia emergiera como una forma autónoma de conocimiento fracasaron. Ha llegado el momento en nuestra discusión de considerar si este fracaso hace que se conviertan en realidad los peores temores de aquellos sacerdotes: ¿se ha despejado el camino para que la ciencia suplante por completo a la religión? Para muchos, éste sería el resultado más justo de la contienda, puesto que la ciencia cuenta con un método, y la religión, al parecer, no cuenta con ninguno.

EL MÉTODO CIENTÍFICO

En resumen, el método científico se puede descomponer en tres etapas de investigación:

1. Acopio y examen cuidadoso de todos los datos observables relativos al problema que se investiga.
2. Formulación de una hipótesis que explique los datos.

3. Prueba de la hipótesis por experimentación y observación.

Es posible recoger y examinar datos por mera curiosidad. Éste fue probablemente el espíritu que en la Antigüedad y el Renacimiento animaba el interés por el conocimiento de nuevas realidades; la recopilación de datos tendía a centrarse en tierras lejanas y plantas y animales exóticos que los viajeros se traían de vuelta a casa. Otra posibilidad consiste en recoger datos con el mero propósito de encontrar pruebas convincentes para defender una determinada posición como cuando, por ejemplo, el abogado defensor criba selectivamente las evidencias legales para favorecer a su cliente. El verdadero espíritu de la investigación científica, no obstante, propugna recoger datos teniendo presente que necesitarán una explicación, y que tal explicación podría requerir la revisión de viejas teorías, por queridas y admiradas que éstas sean.

Al proponer una hipótesis, el investigador intenta hacerse una idea del problema que explique por qué los datos son como los hallamos. En general, la idea es de carácter reduccionista, lo cual sirve como nexo de continuidad entre la ciencia antigua y la moderna. Desde los primeros tiempos, ha habido pensadores que han tratado de hacer más fácil de comprender la enorme complejidad del mundo físico redescribiéndolo o reduciéndolo a un modelo. Los milesios consideraban que la asombrosa variedad de sustancias diferentes era el resultado de las múltiples combinaciones de unos pocos elementos básicos. Demócrito consideraba que los elementos, a su vez, eran divisibles en átomos, cuyas *formas* regían la manera en que unos elementos podían combinarse con otros para

constituir sustancias más complejas. En la actualidad no podemos presentar una idea reduccionista como si de una hipótesis *científica* se tratase a menos que se pueda concebir la forma de probar su veracidad mediante observaciones cuantificables. Como consecuencia de ello, las teorías sobre los elementos y los átomos comenzaron a adoptar una condición moderna sólo cuando la tecnología proporcionó los medios necesarios para probarlas. Lo que necesitamos es tener la capacidad de determinar, mediante cálculos matemáticos, los resultados que cabría esperar, los resultados mensurables que deberíamos poder obtener a través de la experimentación, todo ello como resultado de asumir que una hipótesis es verdadera.

La confirmación de una hipótesis conlleva a menudo años de observación y experimentación exhaustiva y a veces tediosa; años durante los cuales los científicos miden concienzudamente los resultados de experimentos diseñados específicamente, buscando con paciencia conclusiones que rebatan sus propias expectativas. Buscan consecuencias calculables que no llegan a suceder, predicciones que no se cumplen. Sólo cuando las predicciones se han hecho realidad, y las pruebas no han podido refutarla, una hipótesis puede alcanzar aceptación general como teoría. Si dos o más teorías resultan igualmente compatibles con los datos, y ambas resisten las pruebas con la misma solvencia, entonces la aceptación se inclina por la que explique un rango más amplio de datos de la forma más sencilla y elocuente.

A menudo, es tan sólo la habilidad de explicar los datos de una observación lo que avala una teoría ante la ciencia. Los datos de las observaciones astronómicas de Ptolomeo introdujeron complicados epiciclos en las ór-

bitas de los planetas para mantener el modelo de sistema planetario de órbitas circulares con la Tierra en su centro. Ptolomeo seguía un patrón acientífico, pues ésta no era la mejor forma de explicar los datos sino únicamente una forma devotamente geocéntrica. Cuando las observaciones de Brahe inclinaron a Kepler a preferir las órbitas elípticas a las circulares con epiciclos, era el espíritu de la ciencia el que se reivindicaba a sí mismo.

Dentro del mismo espíritu, y al igual que su firme disposición a registrar datos nuevos y tomarlos en serio, uno de los ideales de la ciencia consiste en informarse de las controversias teóricas; comprender y juzgar justamente los modelos contendientes a medida que surgen de los datos de nuevas investigaciones; y permanecer abierta a las revisiones de la ortodoxia científica. Con frecuencia a los científicos con ideas nuevas les ha costado mucho ganarse el reconocimiento de sus colegas más conservadores. Aun así, el cambio y desarrollo profundos, incluso si las etapas no se suceden de la noche a la mañana, son característicos de esta disciplina autocrítica y en constante superación.

LA BÚSQUEDA RELIGIOSA

En comparación, las religiones parecen rígidas, con su característica acumulación de creencias en paquetes *todo o nada* que hay que aceptar de forma incuestionable. En claro contraste con el compromiso de la ciencia con la autocrítica y el progreso, muchas religiones institucionalizadas invierten mucho tiempo y esfuerzo en el mantenimiento de la doctrina oficial y en su defensa a ultranza.

Parece como si los dogmas religiosos careciesen de toda base racional, por lo que sus defensores temen que cualquier desviación de ellas conduzca a su derrocamiento total en vez de a su mejora. En el cristianismo se ha entendido comúnmente que la afirmación "Benditos los que creen pero no ven" infería la superioridad de la fe ciega. En consecuencia, se han ignorado sistemáticamente las ideas nuevas y los puntos de vista de otras religiones, y la búsqueda religiosa no se ha considerado ni positiva ni necesaria. Muy al contrario, a los seguidores de algunas sectas religiosas se les disuade de que investiguen o aprendan acerca de otras confesiones o religiones. A las demás religiones no sólo no se las ve como fuente de perspectivas diferentes y percepciones nuevas, capaces de proporcionar otras formas de entender a Dios y de ofrecer interpretaciones válidas de las cuestiones religiosas, sino que habitualmente se las considera erradas o equivocadas y, por tanto, completamente inválidas. Con frecuencia han sido descritas como perversiones de la verdad, y contempladas con gran sospecha por su capacidad de confundir y engañar al verdadero creyente. Investigar tanto la propia como otras religiones no sólo se considera una amenaza para la verdadera religión, sino que se denuncia usualmente como una práctica que vuelve vulnerables a los seguidores frente a los ataques de Satán o de las fuerzas malignas, siempre dispuestos a descarriarles del recto sendero y llevarles a la condenación eterna.

En las postrimerías del siglo es la ciencia y no la religión la que representa el espíritu de la era. Bajo la influencia de la intolerancia religiosa de los científicos, la sociedad del siglo XX ha adoptado una postura muy crítica, de modo que, para la mayoría, la religión ha quedado

reducida a un conjunto irrelevante de dogmas y creencias. La cruenta batalla que libraron la ciencia y la Iglesia cristiana entre los siglos XVI y XIX consolidó la visión que los científicos tenían de la religión, en particular de la religión institucionalizada. Así, veían la religión como algo caracterizado por poseer dogmas rígidos incapaces de cambiar con el avance de la sociedad, por atribuirse una colección de verdades exclusivas que no estaban abiertas a debate pero que debían ser aplicables a todos y por tener una filosofía esencialmente egoísta (como la salvación individual) que de un modo consistente, e incluso intrínseco, se oponía a la ciencia y al método científico. Algunas citas de un libro publicado recientemente sobre esta materia¹ son suficientes para ilustrar algunas de las objeciones más extendidas que se le hacen hoy día a la religión.

Más importante que el declive de la religión es el hecho de que la ciencia, a través de la tecnología, ha alterado nuestras vidas de forma tan drástica que las religiones tradicionales dan la impresión de carecer de la inmediatez necesaria para proporcionar ayuda real con que hacer frente a los problemas contemporáneos, tanto personales como sociales. Que la Iglesia sea mayoritariamente ignorada hoy día no se debe a que la ciencia haya vencido en su antiquísima batalla contra la religión, sino más bien a que ha reorientado nuestra sociedad tan radicalmente que la perspectiva bíblica del mundo ahora parece, en gran medida, irrelevante.

¹ P. Davis, *God and the New Physics*, Harmondsworth: Pelican, 1984, págs. 1-8.

Discutir si la fecha de la Creación fue el 4.004 a.C. o el 10.000 a.C. resulta intrascendente si las mediciones científicas revelan que la Tierra tiene 4.500 millones de años. Ninguna religión que sustente sus creencias en asunciones demostrablemente erróneas puede albergar la esperanza de sobrevivir durante mucho tiempo.

Pocos pueden negar que la religión es, a causa de todas sus pretensiones, una de las fuerzas más divisivas de la sociedad. Cualesquiera que fuesen las buenas intenciones de los fieles, la historia teñida de sangre de las religiones muestra pocas pruebas de los principios universales de moralidad humana entre las principales religiones organizadas. Por otro lado, tampoco existen razones para creer que carecen de amor y respeto aquellos que no pertenecen a tales organizaciones, o incluso los ateos más convencidos.

Por contra, la religión se fundamenta en una revelación y en una sabiduría recibida. El dogma religioso que se arroga una Verdad inalterable difícilmente puede modificarse para adaptarse al cambio de las ideas. El verdadero creyente debe respaldar su fe con independencia de las aparentes evidencias en contra. La *Verdad* se le transmite al creyente directamente, y no a través del proceso de filtrado y refinado de la investigación colectiva. El problema de la *Verdad* revelada es que puede ser errónea, y aun cuando pueda ser correcta, las demás personas necesitan una buena razón para compartir la creencia del receptor.

Es evidente que muchas de las críticas más comunes a la religión son en realidad reacciones ante los elementos dogmáticos y fanáticos que han estado presentes en la Iglesia cristiana, en diversa medida, a lo largo de los siglos. ¿Es justa la generalización de que todas las reli-

giones se comportan intrínsecamente como la Iglesia cristiana? Es más, ¿representan las iglesias cristianas al verdadero cristianismo?

EL DOGMA CIENTÍFICO DEL SIGLO XX

La sociedad de hoy considera que la ciencia y la religión son absolutamente incompatibles. Si bien puede ser cierto que los causantes del conflicto entre ellas fueron principalmente los representantes religiosos del pasado, en el siglo XX la culpa de que continúen en punto muerto se le puede atribuir a los que se proclaman seguidores de la ciencia. Se puede alegar que hay ideas falsas implícitas en la ciencia actual que le impiden considerar la posibilidad de que la ciencia y la religión puedan estar en armonía. Estos prejuicios no sólo los admite religiosa y casi universalmente la comunidad científica internacional, sino también el grueso de la sociedad. Ha llegado el momento de centrar nuestra atención en estos prejuicios.

El más destacado de estos dogmas es la identificación de una religión en particular con todas las religiones. Por ejemplo, las críticas vertidas contra la religión y sus seguidores más fervorosos de nuestra sociedad contemporánea, arriba reseñadas, no *necesariamente* representan ataques contra la religión como tal. Sería más exacto —y más objetivo— contemplarlas como críticas a las creencias y al comportamiento de las iglesias cristianas, así como al abuso general de la religión. Hasta ahora hemos examinado, brevemente, la oposición de la Iglesia a los descubrimientos y grandes avances de la ciencia a lo largo de los siglos. Sin embargo, sería irracional concluir que las reli-

giones en general, o el cristianismo en particular, están por naturaleza en conflicto directo con la ciencia, o que forzosamente retrasan el progreso humano. Si estudiamos en detalle la cuestión, podemos ver que la Iglesia cristiana de la Edad Media se opuso al progreso de la ciencia no porque hacerlo formase parte de la naturaleza general de la religión, sino porque la Iglesia de aquella época representaba una religión que se había corrompido por muchas razones, entre ellas por la incorporación de las ideas filosóficas griegas, la interpretación literal de la Biblia, así como el ansia de poder y la autoexaltación de sus líderes. Es la Iglesia cristiana de la Europa medieval, como institución religiosa en declive, la que debe considerarse como la verdadera fuente de oposición religiosa a la razón y la ciencia. También están aquellos que señalan que, desde el principio, la autoridad de la Iglesia fue autoproclamada y que, por tanto, sus acciones subsiguientes no pueden ser representativas del cristianismo, ni mucho menos de otras religiones.¹

¿Qué es lo que podría haber en el cristianismo que la posicionase contra el progreso científico? A lo largo de los siglos, la pertinaz adhesión a las interpretaciones muy literales de la Biblia por parte de las principales iglesias y de muchas ramas fundamentalistas ha sido, sin lugar a dudas, la mayor causa de conflicto entre la ciencia y la religión, como continúa siéndolo hoy día. Sin embargo, el estudio de algunas de las enseñanzas del Nuevo Testamento revela un enfoque diferente. Por ejemplo, el ver-

¹ Véase, por ejemplo, Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1974, pág. 20.

sículo "Él (Dios) nos capacitó como ministros de la nueva alianza, no de la letra, sino del espíritu, que la letra mata, pero el espíritu da vida"¹ parece desaconsejar específicamente las interpretaciones literales de la Biblia. No obstante, es este aferramiento a la *letra* literal lo que ha contribuido tan significativamente al creciente cisma entre la ciencia y la religión, y ha echado más leña al fuego de su ya antigua disputa. También ha tenido propensión a polarizar la opinión pública de forma notoria, de modo que ha alejado a muchos de sus potenciales seguidores a pesar de que numerosos teólogos relevantes, desde el interior de la jerarquía eclesiástica, han llamado la atención sobre la naturaleza simbólica de las parábolas y los relatos históricos de la Biblia.

El gran error que comete la actitud crítica contemporánea hacia la religión consiste en generalizar de esta imagen de la Iglesia cristiana al propio cristianismo, y de éste al resto de las religiones, considerándolas a todas desfasadas, ilógicas y, lo que es peor, irrelevantes. Este punto de vista se alcanza sin investigar de forma sistemática las religiones no cristianas que, no obstante, se incluyen en la conclusión. Ya hemos analizado el tremendo impacto del islam en el progreso científico, y el hecho es que, seguramente, no sea justo modelar el cristianismo y el resto de las religiones de acuerdo con la Iglesia cristiana de la Edad Media, como si estuviesen cortados por el mismo patrón.

¹ *Nuevo Testamento*, 2 Co 3:6, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1967, versión de Nácar-Colunga.

Hay además otros dos dogmas o errores generalizados acerca de la religión que mencionamos aquí brevemente. En el próximo capítulo los trataremos más detalladamente. Uno de ellos consiste en aplicar el método reduccionista a todos los fenómenos de forma materialista, y confundirlo con el método científico (ya descrito). El reduccionismo se emplea para reducir todos los fenómenos a causas materiales, por lo que, de forma natural, elimina los fenómenos divinos o espirituales. Podemos hallar un ejemplo de la aplicación de este método en el rechazo a la posibilidad de que el universo tenga un Creador o un designio que deba seguir, o a la existencia de un propósito divino para el hombre. Estas cuestiones se desechan habitualmente como si fuesen insignificantes, dado que no pueden demostrarse. Sin embargo, podría argumentarse que esta filosofía es contraria al verdadero espíritu del método científico, puesto que no se puede deducir la inexistencia de fenómenos espirituales o divinos simplemente porque no puedan ser medidos u observados directamente. Como veremos más adelante, hay una serie de asunciones científicas esenciales que tampoco pueden probarse pero que, aun así, resultan fundamentales en la investigación científica.

El otro dogma común consiste en negar o pasar por alto la posibilidad de que la comprensión humana tenga límites intrínsecos. En este dogma es clave la creencia de que la ciencia explicará y determinará todos los fenómenos a su debido tiempo. Sin embargo, suponer que la ciencia no tiene límites es, en sí mismo, irracional; no existen evidencias que sustenten tal idea.

LA FE BAHÁ'Í Y EL CONFLICTO CIENTÍFICO-RELIGIOSO

La Fe bahá'í se presenta aquí por ser la única religión mundial que, hasta la fecha, trata expresamente la relación entre la ciencia y la religión.

La Fe bahá'í surgió en Persia a mediados del siglo XIX, justamente en el momento de la historia en que se libraban las batallas más importantes entre la Iglesia cristiana y los protagonistas consagrados del mundo científico. Uno de los principios significativos de esta religión es que la verdad religiosa es relativa, al igual que la verdad científica. Esto representa un marcado cambio con respecto a la reivindicación de la verdad absoluta que realizaban ciertos seguidores de religiones anteriores. Y un corolario de ello es la aceptación de todos los grandes maestros, incluidos Abraham, Moisés, Jesucristo, Muḥammad y Buda. La Fe bahá'í enseña que la verdad religiosa es en parte relativa al tiempo y lugar en que es revelada, y que ésta es la razón de la continua sucesión de religiones a lo largo de la historia. Cada religión aporta una mayor medida de entendimiento al mundo, y contribuye al interminable proceso de desarrollo espiritual y social de la raza humana. Se contempla a las religiones como compuestas de dos partes. Una de ellas trata de los valores morales y espirituales, y expone las verdades divinas y los principios esenciales que se repiten inalterados en todas las grandes religiones del mundo. La otra parte consta de las enseñanzas y leyes relativas a las necesidades prácticas y sociales del tiempo. Esta parte varía en función de la evolución de la

sociedad y de sus requisitos cambiantes y, consecuentemente, varía de una religión a otra.

Otra de las enseñanzas importantes de la Fe bahá'í que nos concierne ahora es la libre investigación de la verdad. A los bahá'ís se les anima a examinar las afirmaciones concretas de otras religiones y a estudiar sus enseñanzas, acudiendo a sus fuentes auténticas. No es suficiente aceptar explicaciones de segunda mano, ya que éstas pueden tergiversar enormemente las enseñanzas originales. También se les exhorta a tener gran humildad en su propia fe, y a respetar la fe de otros.¹ Tal búsqueda de la verdad religiosa exige aplicar la razón y el juicio. 'Abdu'l-Bahá (1844-1921), hijo del Fundador de la Fe bahá'í, afirma:

Considerad lo que distingue al ser humano de entre todos los seres creados y hace de él una criatura diferente. ¿No es su poder de razonar, su inteligencia? ¿No debe hacer uso de ellos para el estudio de la religión? Yo os digo: sopesad cuidadosamente en la balanza de la razón y de la ciencia todo lo que se os presente como religión. ¡Si pasa esta prueba, aceptadla, pues es la verdad! ¡Si, por el contrario, no se ajusta a ella, rechazadla, pues es ignorancia!²

Es en la balanza de la razón y la ciencia donde se deben ponderar las ideas religiosas, dado que los métodos científicos forman parte del don por cuyo medio apren-

¹ Cfr. 'Abdu'l-Bahá, *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá*, Haifa: Bahá'í World Centre, 1978, pág. 30.

² 'Abdu'l-Bahá, *Paris Talks*, pág. 144.

deremos a comprender la creación de Dios. La ciencia misma es elevada a un rango espiritual,¹ de lo que se deduce que nuestro conocimiento científico, que deriva de la aplicación de este don divino, no puede entrar en conflicto con la religión verdadera e incorrupta, puesto que ésta también le es revelada a la humanidad por intervención de la misma voluntad divina.

‘Abdu’l-Bahá afirmó lo siguiente en cuanto a los efectos dañinos de la tergiversación religiosa por parte de los líderes religiosos, y a los beneficios que reportaría a la humanidad que la ciencia y la religión estuviesen en armonía:

¡Muchos líderes religiosos han llegado a creer que la importancia de la religión radica principalmente en la adherencia a una colección de dogmas y a la práctica de ritos y ceremonias! A aquellos cuyas almas pretenden curar les enseñan a creer de la misma manera, aferrándose tenazmente a las formas exteriores, confundiéndolas con la verdad interior.

Ahora bien, estas formas y rituales difieren en las distintas iglesias y entre las diferentes confesiones, e incluso se contradicen unas a otras, dando lugar a la discordia, al odio y a la desunión. El resultado de todo este desacuerdo es la creencia, entre muchas personas cultas, de que la religión y la ciencia están en contradicción, que la religión no necesita del poder de la reflexión, y que no debería ser regulada por la ciencia en modo alguno, sino que están, necesariamente, una en oposición de la otra. El desafortunado resultado de

¹ ‘Abdu’l-Bahá, *Foundations of World Unity*, Wilmette: Bahá’í Publishing Trust, 1971, pág. 60.

esto es que la ciencia se ha apartado de la religión, y que ésta se ha convertido en un mero ciego que sigue, más o menos apáticamente, los preceptos de ciertos maestros religiosos, que insisten en que se acepten sus dogmas favoritos, aun cuando resulten manifiestamente contrarios a la ciencia. Esto es una necedad, pues es bastante evidente que la ciencia es la luz y por eso la verdadera religión no se opone al conocimiento. (...) La mayor parte de la discordia y desunión del mundo ha sido creada por las oposiciones y las contradicciones que las personas han forjado. Si la religión estuviese en armonía con la ciencia y ambas caminaran juntas, gran parte del odio y la amargura que en la actualidad causan tanta miseria a la raza humana habría acabado.¹

Llegó incluso a afirmar que “Si la religión se convierte en causa de discordia, es mejor que el hombre prescindiera de ella”,² aunque indicó que no sería necesario:

Quando la religión, libre de supersticiones, tradiciones y dogmas ininteligibles, muestre su conformidad con la ciencia, se sentirá en el mundo una gran fuerza unificadora y purificadora que barrerá de su faz las guerras, desacuerdos, discordias y luchas, y entonces la humanidad será unificada por el poder del Amor de Dios.³

En otro momento ‘Abdu’l-Bahá afirma que esta corrupción de las enseñanzas originales de los fundadores

¹ ‘Abdu’l-Bahá, *Paris Talks*, pág. 144.

² ‘Abdu’l-Bahá, *Promulgation of Universal Peace*, Wilmette: Bahá’í Publishing Trust, 1982, pág. 287.

³ ‘Abdu’l-Bahá, *Paris Talks*, pág. 146.

religiosos no se circunscribe al cristianismo sino que es igualmente aplicable a otras religiones mundiales:

Todas las religiones de la actualidad han caído en prácticas supersticiosas, quedando en discordancia tanto con los verdaderos principios de las enseñanzas que representan, como con los descubrimientos científicos de la época.¹

Por supuesto, sería justo preguntarse cómo, exactamente, pueden la razón y la ciencia aplicarse a la investigación y el entendimiento de las cuestiones religiosas. La ciencia tiene sus propios métodos para probar las cuestiones que le son propias. Las teorías científicas se sostienen en la medida en que proporcionen una explicación convincente de los datos observables y que las evidencias contrarias no demuestren que están equivocadas. Al refutar los dogmas religiosos que daban falsas explicaciones sobre la realidad material, como la creencia religiosa de que la astronomía de Ptolomeo debía ser correcta, el enfoque científico contribuye a cribar la verdad religiosa esencial de las falacias religiosas artificiales. Pero ¿cómo se pueden probar las creencias religiosas irreducibles? Por ejemplo, la creencia en la existencia de Dios, o las creencias nada empíricas que dividieron a los primeros cristianos: ¿es Jesucristo una creación de Dios o él mismo es divino? Tal vez haya dos principios que puedan ayudarnos a tratar estas cuestiones.

El primero de ellos es la prudente recomendación de investigar la verdad de forma *independiente*. La fe reli-

¹ *Ibidem*, pág. 143.

giosa, en Occidente, se ha convertido en sinónima de creencia ciega. Sin embargo, aun cuando la verdad religiosa debe, en último término, aceptarse por fe, ésta no tiene por qué ser ciega. Si bien hay muchas creencias religiosas que no pueden probarse de la manera tradicional en que se prueban y observan las hipótesis científicas relacionadas con el mundo material, no obstante no se debería presuponer que estamos obligados, en consecuencia, a abandonar nuestra facultad racional al estudiar tales temas. De hecho, no es probable que se dé una aceptación incondicional de creencias religiosas a menos que tanto el corazón como la mente estén satisfechos. La Fe bahá'í enfatiza que cada uno debe examinar la religión con espíritu de libre investigación de la verdad, dejando de lado sus prejuicios e ideas preconcebidas. Ponderar las doctrinas y principios religiosos "en la balanza de la razón y la ciencia" nos capacita para distinguir los elementos puros y esenciales de una religión de las tradiciones erróneas y dogmas artificiales.

Bahá'u'lláh (1817-1892), Fundador de la Fe bahá'í, citando a un famoso poeta sufí, se refirió a "la ciencia del amor de Dios",¹ en tanto que Shoghi Effendi, su bisnieto, afirmó que la Fe bahá'í era "científica en su método".² Estas aserciones resultan significativas en tanto que establecen muy claramente que uno de los principales puntos de unión entre la ciencia y la religión no depende tanto del objeto de sus búsquedas, sino más bien del método científico de su investigación; un enfoque

¹ Bahá'u'lláh, *Los siete valles y los cuatro valles*, Buenos Aires: EBILA, 1989, pág. 73.

² Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, ed. de 1938, pág. xi.

que debería aplicarse tanto a las indagaciones científicas como a las religiosas. Por encima de todo, la aplicación correcta de la razón a las creencias religiosas nos permite obtener una comprensión mucho más profunda de la que sería posible alcanzar por medio de una actitud de fe obediente e incuestionable. Las nuevas percepciones religiosas que adquirimos así refuerzan a su vez nuestra fe. Solamente una religión insegura disuadiría activamente a sus seguidores de aplicar su don divino de la razón a las cuestiones religiosas, manteniendo a la vez la creencia de que Dios, a cuya imagen hemos sido creados, es un ser consciente y racional.

El segundo principio que nos puede ayudar a aplicar la razón a la religión consiste en preguntarnos cuáles pueden ser los *frutos* de una religión o creencia religiosa dada. Debemos, no obstante, hacer una clara distinción entre el comportamiento de los adeptos profesos de una religión y la religión misma. Si bien es cierto que los frutos de una creencia religiosa *deberían* reconocerse en las acciones de un creyente, la conducta de los seguidores nunca debería ser el *único* criterio con que evaluar una religión. Existen otros criterios, como la vida del fundador y la calidad de sus enseñanzas, que se pueden estudiar y valorar. Por ejemplo, ¿representan los Diez Mandamientos del Antiguo Testamento principios sociales constructivos y valiosos, especialmente en el contexto sociohistórico en que fueron revelados? Las enseñanzas “Ama a tu prójimo como a ti mismo” en el cristianismo, y “Ninguno de entre vosotros es un creyente mientras no desee para su hermano lo que desea para sí mismo” en el islam, que se encuentran de diversas formas en otras religiones, ¿acaso no

constituyen importantes ideales sociales y morales que los creyentes son exhortados a alcanzar?

Las principales religiones conocidas por el hombre recalcan principios espirituales como el amor, la veracidad, la preocupación por los demás, etc. Estos principios no pueden demostrarse empíricamente en sentido científico alguno. No obstante, se podría argumentar que es acertado creer en una noción no empírica si ésta encamina a la humanidad por la senda del desarrollo social y la unidad, o nos ayuda a entender mejor el mundo o a nosotros mismos. En todo caso, las generalidades empíricas que no se pueden probar son indispensables en cualquier sistema de creencias, por lo que no se puede culpar a la religión por contar con ellas. La misma ciencia recurre a ellas. La fe en la existencia de leyes universales que pueden probarse es una condición previa de la investigación científica. Esta fe es subjetiva en última instancia, y por muchos análisis científicos que se hagan, no habrá pruebas irrefutables que la justifiquen. Es más bien el éxito de la investigación científica, o sus frutos, lo que sirve como indicador para juzgar su validez, por lo que dicha fe se encuadra en la misma categoría que las grandes verdades indemostrables de la religión.

Este capítulo ha detallado el desarrollo de un principio que tiene mucho en común con la creencia religiosa: nuestra fe en que el mundo material se comporta con suficiente regularidad como para que sea posible establecer un método científico. Ésta probablemente sea una de esas creencias empíricas indemostrables que han acercado el género humano a la unidad, pues ha recabado el respeto por la iniciativa científica y ha favorecido la participación casi universal en ella. Como resultado, ha aliviado mu-

chas formas de sufrimiento humano y nos ha ayudado a avanzar en el desarrollo de nuestras cualidades naturales.

Existe aún otro principio general indemostrable que también se identifica a menudo con la revolución científica. Muchos lo considerarían una verdad científica, a saber, que todo lo que existe es material y que todo lo que ocurre viene determinado por los cambios mecánicos en las cosas materiales. Ésta es la tesis del determinismo materialista. Surge de sustraerle un Dios relativamente secundario a los grandes mecanismos que elaboraron Descartes y Newton como modelos del universo. De tratarse de una verdad, ya sea científica o de otro tipo, entonces la ciencia, con toda seguridad, habría suplantado a la religión como la única forma de entender la realidad. El capítulo 2 se ocupará de considerar esta posibilidad y, en general, argumentará en contra del materialismo, y particularmente contra su uso en la teoría evolucionista.

Nota:

Anjam Khursheed, el autor, es catedrático de Ciencias Físicas en la Universidad Nacional de Singapur; físico investigador del Centro Europeo de Física Nuclear (CERN)

Derecho y Cambio Social